

Añade este mismo autor que con los trabajos aumentó su virtud. Alaba mucho su sencillez, y dice que detestaba con todo su corazón la doblez y el disimulo, y que amaba la pobreza evangélica, que había profesado, más que todas las riquezas de la tierra. A la edad de noventa años llevaba todavía un hábito de piel de cabra, y no se alimentaba más que con un poco de pan y de sal.

Este escritor podía hablar con toda certeza, pues le visitaba frecuentemente, y era recibido por él con señales de amistad y gran respeto. Sus conversaciones no versaban nunca sobre cosas inútiles, sino sobre asuntos piadosos. Un dia le manifestó Maris que hacía mucho tiempo que no había visto celebrar el santo sacrificio de la Misa, y le rogó que lo hiciese en su celda. Se concedió esta gracia, enviando para ello por vasos sagrados á una iglesia inmediata, y en lugar de altar se sirvió de las manos de los diáconos que le acompañaban. Experimentó con ello tanto gozo este anacoreta, que se imaginaba haber entrado en el cielo, y aseguraba no haber tenido en su vida un consuelo tan grande. Murió ántes que Teodoreto escribiese su historia, y cree Bulteau que fué hacia el año 430.

---

#### RELIGIOSAS DE SIRIA <sup>1</sup>

Hemos hablado en otra parte de una santa abadesa, llamada Publia, que gobernaba en Antioquía una comunidad de vírgenes en tiempo del emperador Juliano el Apóstata. Otras muchas piadosas mujeres quisieron imitar el fervor

<sup>1</sup> Teodoreto, san Basilio y los Bolandistas.

de los solitarios, y los desiertos de Siria no fueron ménos santificados por sus virtudes, que por las de estas santas mujeres. San Juan Crisóstomo asegura que se ejercitaban en las prácticas religiosas con el mismo fervor, y Teodoreto, despues de trazar el elogio de santa Domnina, de que despues hablaremos, termina con estas palabras: « No fal-  
« tan otras personas del mismo sexo que se ejerciten en  
« imitar sus virtudes. Se vé un gran número de ellas, entre  
« las cuales, unas han abrazado la vida enteramente solita-  
« ria, y otras viven unidas hasta el número de doscientas  
« cincuenta, tomando todas el mismo alimento, aconstán-  
« dose sobre esteras, empleando sus manos en trabajos pro-  
« pios de su sexo, y sus lenguas en alabar á Dios. Y esto  
« no se verifica sólamente en nuestras provincias, sino en  
« la Siria, en la Palestina, en Egipto, en Asia, en la Meso-  
« potamia, y en el Ponto; pues desde que Jesucristo nació  
« de una Virgen, la tierra ha ofrecido al Criador santas  
« praderas llenas de vírgenes, que son como otras tantas  
« flores de esquisito olor, cuya brillo y hermosura jamás  
« se agosta. No hay, pues, distinción entre las virtudes y  
« perfección de ambos sexos: porque, como dice el santo  
« Apóstol: *No hay macho, ni hembra, porque todos voso-  
« tros sois uno en Cristo* <sup>1</sup> ».

Expone este historiador los ejercicios de las religiosas de su tiempo, diciendo que profesaban la misma regla que los solitarios, tanto cenobitas, como anacoretas. Aparece también que eran muchas las que vivian en comunidad, pues en algunos monasterios habia doscientas cincuenta. En cuanto á las que seguian la vida de los anacoretas, sus austeridades igualaban á las de los hombres, y para convencerse de ello, no hay más que leer lo que dice este santo obispo de las santas Maranas, Cira y Domnina. Fueron tres

<sup>1</sup> Galat. iii, 28.

prodigios de penitencia, y realizaron en su tiempo lo que despues dijo el autor de la imitación, á saber: que el amor de Jesucristo impulsa á las almas á grandes acciones, sin que necesiten grandes esfuerzos: que el trabajo les supone muy poca cosa: que emprenden mucho más de aquello á que alcanzan las fuerzas naturales, y que su ánimo les basta para todo.

Todo esto podemos aplicarlo á las tres santas solitarias de que vamos á hablar. Teodoreto comienza la historia de santa Marana con estas palabras: « Despues de haber expuesto las acciones de tan ilustres personajes, debo, para realizar el objeto que me propuse en esta obra, debo también hablar de algunas mujeres, que no sólamente les igualaron, sino que les excedieron en sus trabajos y combates: pues teniendo un cuerpo más débil, merecen mayores alabanzas, por lo mismo que han demostrado más ánimo al prescindir de la delicadeza de su sexo ».

Santa Marana y santa Cira pertenecian á una ilustre casa de Berea, y habian sido educadas cual correspondía á su nacimiento; pero el amor de Jesucristo les movió á despreciar todas las ventajas de su condición, y á emprender un género de penitencia, cuyo solo relato espanta á la naturaleza, y demuestra cuanta fuerza y ánimo comunica el amor divino al corazón abrasado en sus ardores. Se encerraron en un pequeño recinto cerca de la ciudad, amurallando enteramente la puerta, y no dejando más que una ventana, por la cual recibian lo necesario para la vida. Allí, sin celdas ni techumbre, y expuestas á las inclemencias del tiempo, como hemos dicho de muchos solitarios, no tenian para preservarse de los temporales más que un largo hábito que cubria todo su cuerpo, y un velo que les llegaba á la cintura, y que cubria su rostro y sus manos.

Además de que este hábito, austero por sí mismo, no las preservaba del frio ni del calor, llevaban cadenas tan

pesadas, que santa Cira, que era más delicada, iba encorvada hasta la tierra. Se mortificaban también con largos ayunos, y quisieron imitar los de Moisés y de Daniel, pasando tres cuaresmas y tres semanas sin comer. Guardaban riguroso silencio, y sólomente hablaban en el tiempo de la Pascua á las mujeres que venian á verlas, y aún entónces sólomente hablaba santa Marana, pues jamás se oía la voz de santa Cira.

Como Berea no distaba más que diecisiete leguas de Ciro, Teodoreto las visitaba en algunas ocasiones, y el respeto que profesaban á su elevada dignidad les hacía abrir su puerta para recibirle. Fué, por lo tanto, testigo ocular de su vida austera, y vió las cadenas que llevaban. Cediendo á sus instancias, se las quitaron; pero cuando se retiró, volvieron á cargarse con ellas, colgándolas del cuello, y ciñéndolas á las cintura, á las manos y á los pies.

En una ocasión salieron de su clausura, con objeto de ir á Jerusalem á venerar los lugares consagrados por los misterios de la pasión de Jesucristo, y durante el viaje, que fué de veinte dias, nada comieron, hasta que hubieron satisfecho sus piadosos deseos. También fueron á visitar la tumba de santa Tecla en Selencia<sup>1</sup>, (Isauria) para inflamar más sus corazones en el fuego del amor divino, y también hicieron este viaje sin comer. Sólomente una fuerza superior podía sostenerlas en tan largos viajes, sin tomar alimento, así es que esta circunstancia no puede menos de considerarse como un prodigio con que Dios manifestaba, cuán agradable le era su fervor.

Hacia cuarenta y dos años que vivían en su clausura consagradas á tan laboriosos ejercicios, cuando Teodoreto escribía su vida, y por lo tanto, despues de una penitencia

<sup>1</sup> La peregrinación á la iglesia de santa Tecla era muy común. Basilio, obispo de Seleucia en 451, habla de muchas personas piadosas, que la emprendían con mucha devoción.

tan larga, no respiraban más que mortificación. No sabemos cuanto tiempo vivieron despues; pues cuando este autor escribía su vida en 440, aún no habían muerto. Sus nombres se hallan en el Martirologio romano en 3 de agosto, y la iglesia griega las honra el 28 de febrero. No debemos olvidar que, habiendo deseado algunas de sus criadas imitar su género de vida, les construyeron una habitación inmediata á la suya, y abrieron una ventana, desde la cual las dirigian, y las excitaban á la oración y al amor de Dios. Así es que podía considerarse aquel lugar como un monasterio de santas mujeres, que, animadas con sus exhortaciones y ejemplos, glorificaban al Señor con sus virtudes.

Santa Domnina no practicó tan grandes austeridades como las dos santas de que acabamos de hablar; pero no dejó de llevar también una vida muy penitente. Se propuso por modelo á san Marón, y habiendo edificado en el jardín de su madre una pequeña cabaña cubierta de bálago, se consagró en ella á las dulzuras de la contemplación. El amor de Dios de que se sentía inflamada, y el ardiente deseo de poseerle en el cielo, la hacían derramar continuamente lágrimas, y su corazón no suspiraba más que por el término de este destierro. Por la mañana se dirigía á la iglesia de la aldea, para ofrecer sus oraciones al Señor, y lo mismo hacia por lo tarde. Teodoreto no dice el nombre de esta aldea; pero indica que pertenecía á la diócesis de Ciro, hacia la parte del mediodía. Así es que, cuando pasó por ella para visitar su diócesis, no dejó de ir á ver á la Santa, que besó su mano para participar de su bendición.

Esta gran sierva de Dios profesaba un respeto extraordinario al lugar santo, y se esforzaba por inspirarle á los demás. Su solo ejemplo era una lección saludable, y bastaba verla en la iglesia, para aprender el espíritu de religión con que debe estarse en ella. Tenía además un especial

esmero por su ornato, é inclinó el ánimo de su madre y de sus hermanos á que empleasen en él gran parte de sus bienes.

Ya hemos dicho que su vida era muy austera. Estaba vestida con hábito tejido con piel de cabra que la cubria enteramente, de modo que, aún cuando estuviese en medio del pueblo ó en la iglesia, ni veia á nadie, ni nadie podia ver su rostro. Sus vigiliias eran muy prolongadas, y consagradas á la contemplación. Lentejas remojadas en agua constituian su alimento ordinario ; pero comia tan poco, que su cuerpo estaba desecado por el rigor de la abstinencia.

Aunque pasaba, dice Teodereto, los dias y las noches en estos ejercicios, no descuidaba la práctica de las demás virtudes. Llena de caridad para con el prójimo, y solícita con los pobres, suplicaba á su madre y á sus hermanos, que los socorriesen, y Dios bendecia su liberalidad por las oraciones de la Santa, Vivía aún en el año 440. Los griegos celebran su memoria el 5 de enero y el primero de Marzo. Teodoreto concluye su *Historia religiosa* con la vida de esta Santa.

#### DESIERTO DE CHALCIS

#### SAN MARCIANO <sup>2</sup>

El desierto de Chalcis estaba en las extremidades de la Siria, hacia la parte de la Arabia, y se extendía hasta el Eúfrates. Fué habitado por santos monjes, siendo Auito y Marciano los más conocidos. San Jerónimo habitó en él

<sup>1</sup> Teodoreto, Tillemont.



Gen. 1. 1. 1.

St. Auito & St. Marciano

Sup. Ch. Chalchis. 1. 1. 1.